



## ARTICULOS

# EL PROCESIONISMO DE NIKOS POULANTZAS

MANUEL FERNANDEZ LORENZO

Oviedo



Pocos meses antes de su prematura muerte, ocurrida el 3 de Octubre de 1979 en París, Niko Poulantzas, aquel joven exiliado griego que, en opinión de algunos, encarnaba vivamente el proceso de la tan traída y llevada «crisis del marxismo», declaraba en una entrevista periodística, después de haber rechazado las críticas que se le habían hecho de descriptivista, funcionalista y reduccionista, que «en cambio, la crítica sobre el formalismo conceptual tiene algo de verdad en la medida que en mi primer libro, *Poder político y clases sociales*, hay, efectivamente, un exceso de teorismo, una excesiva abstracción y una formalización desmesurada, porque se funda, demasiado, en los textos clásicos del marxismo» (1). Aclaremos rápidamente que más correcto que en los «clásicos del marxismo» sería decir «en la interpretación althusseriana de la obra de Marx», ya que no se puede olvidar que éste fue en su tiempo uno de los más severos críticos del formalismo idealista al que eran proclives algunos de los máximos representantes del Idealismo Alemán, su propia conciencia filosófica anterior.

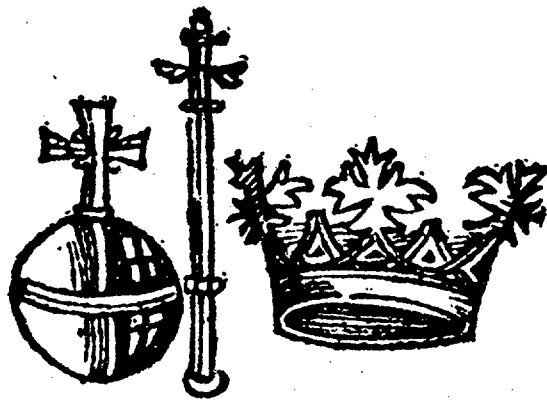
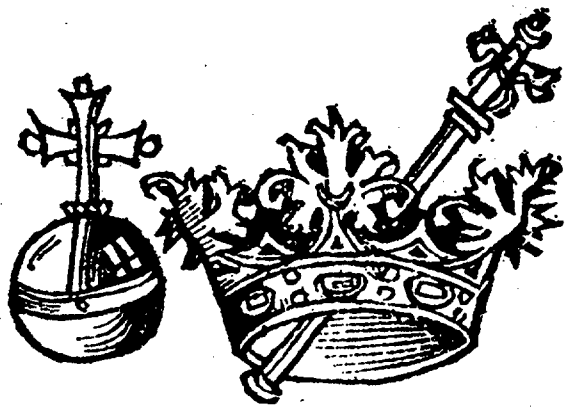
Sin embargo lo que concede Poulantzas es muy significativo si recordamos que *Poder político y clases sociales* constituyó, con su aparición en 1968, un tremendo éxito tanto editorial como cultural, anidado al socaire del «mayo francés» y de la apoteosis del althusserismo. Desde entonces acá aquel autor, que manejaba un estilo de escritura abrupto y penoso, que lo mismo servía para fascinación de algunos que para menosprecio de otros, había recorrido un respetable camino, que ahora podemos

ver más claramente como una especie de procesión descendente de conceptos que intentan explicar lo inferior, los hechos más concretos y específicos de la actividad política, como pueden ser las operaciones que conducen a un golpe de estado, por lo superior, por los conceptos generales del materialismo histórico (modo de producción, clase social, etc.). Una especie de procesionismo en el que cada paso sucesivo implicaba a la vez una caída, un desdecirse de lo anterior y siempre con la incertidumbre de no saber si se había pisado ya tierra firme ante la imposibilidad de descifrar el inquietante enigma que el procesionismo clásico había formulado así: ¿Cómo es que a Dios le llegan a salir pelos y uñas?, que en el caso de Poulantzas se transforma en: ¿Cómo el Modo de Producción Capitalista puede producir hornos crematorios y campos de concentración?.

En esta procesión teórica poulantziana destacaríamos sobre todo tres estaciones principales, señaladas por tres de sus libros, que desencadenaron, sobre todo el primero, encendidas discusiones y encontradas disputas. La etapa inicial viene marcada de manera rotunda por la publicación de *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste* (2), obra en la que intenta superar el mecanismo marxista

(2) Librairie François Maspero, Paris, 1968. Hay traducción al español en Siglo XXI desde 1969. Citaremos por la 4ª edición de 1972. Anteriormente Poulantzas había publicado algunos artículos como «L'examen marxiste de L'Etat e du droit actuels et la Question de l'alternative» en *Les Temps Modernes*, agosto-septiembre de 1964, «Preliminaires à l'Etude de l'Hegemonie dans l'Etat», en el nº correspondiente a noviembre-diciembre de 1965 de la misma revista; «Marxism in Great Britain» en *New Left Review*, nº 43; «A propos de la Theorie marxiste du droit» en *Marx et le droit moderne*, número especial de *Archives de philosophie du droit*, XII, Paris, 1967. Hay traducción de estos artículos en la compilación prologada por J. Solé Tura *NIKOS POULANTZAS. Sobre el estado capitalista*, Laia, Barcelona, 1974 y en *Nikos Poulantzas. Hegemonía y dominación en el Estado Moderno*, Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969.

(1) Entrevista publicada en el nº 103 del Suplemento de *Arte y Pensamiento* del diario EL PAÍS, con fecha 7-10-79.



que entiende el Estado capitalista como algo meramente instrumental, como un órgano cuya función es puramente coercitiva, y trata de fundamentar, frente a este reduccionismo, la Idea de una «autonomía relativa» de dicho Estado respecto de la burguesía, en tanto que constituye su clase dominante. Para ello se propone reconstruir a partir de los análisis de los clásicos del marxismo, ciertamente llenos de intuiciones brillantes pero ambiguos y, en sí mismos, insuficientes, una teoría del Estado capitalista que difiera a la vez de la que mantienen también otras corrientes marxistas del tipo de la encabezada por Wright Mills o, más recientemente, por Ralph Miliband. Su diferencia respecto a estos consistiría fundamentalmente en cuestiones de metodología que, lejos de ser inocentes, le conducían a conclusiones políticas muy dispares.

En 1974 publica *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui* (3), libro que, creemos, marca su segundo paso descendente con respecto a 1968. Pero debemos referirnos antes a otra obra suya que vio la luz en 1970 con el título de *Fascisme et dictature. La III International face au fascisme* (4), donde Poulantzas se centra principalmente en intentar una explicación del fenómeno fascista mediante la aplicación de la teoría general elaborada en su primera obra de 1968, explicación que debía superar tanto las interpretaciones liberales como los diagnósticos de la III Internacional y en la que el autor concebía el fascismo como un producto de la crisis de hegemonía provocada en Alemania e Italia por la incapacidad del capital monopolista para conseguir la dirección política dentro del bloque en el poder. Sin embargo, este libro, más que por la aplicación de su «aparato teórico», y a pesar de no contener una documentación muy extensa, destaca sobre todo, como algunos afirman, por la finura de observación histórica del autor. Así se admite en él, contra las posiciones de Miliband, implacable crítico de Poulantzas como veremos, cierta «autonomía relativa» o neutralidad del Estado fascista, a pesar de las apariencias, que lo distingue de las formas normales del Estado capitalista. Además, el Estado fascista, según el autor, no es una forma particular de bonapartismo, ya que éste no se constituye en partido en sentido riguroso, como lo hace el fascismo, que aporta a la vez una ideología que sustituye a la ante-

rior ideología pequeño-burguesa en crisis. También el bonapartismo se caracteriza por una política de compromisos, a diferencia del fascismo que llega a romper con esos compromisos en la denominada «noche de los cuchillos largos», no habiendo, por lo demás, tampoco en el bonapartismo una identidad entre la fracción hegemónica y la reinante, como ocurre en el fascismo que, contra los tópicos establecidos, Poulantzas entiende como un movimiento con aceptación popular y predominantemente urbano que llega a constituir un tipo especial de estado de excepción. Sin duda alguna Poulantzas gozaba de la gran ventaja de analizar el fascismo como un hecho histórico, ya acontecido, por lo que los bloques políticos se podían contemplar y juzgar retrospectivamente por sus consecuencias, siendo esta quizás la única manera, paradójicamente, de predecirlos. Pero esta riqueza de análisis parece que se obtiene incluso a pesar de su metodología apriorística, que comienza con proposiciones o conceptos generales que, después, deben ser «ilustradas», y no simplemente verificadas, con análisis concretos, pero siendo, en el fondo, incapaz de explicar las razones internas de estos procesos históricos, tal como algunos críticos le reprochan (5).

Su libro de 1974, *Les classes sociales dans le capitalisme d'aujourd'hui*, es una compilación de tres ensayos en los que, contra lo que sostienen las corrientes políticas que sueñan con una futura Europa Unida, que sea, a la vez, capaz de escapar al imperialismo U.S.A., del tipo de las representadas por los partidos comunistas europeos o por el teórico troskista Ernest Mandel, Poulantzas afirma que la fase actual del imperialismo se caracteriza precisamente por la «reproducción inducida» del capitalismo monopolista norteamericano en el seno de las metrópolis europeas, reproducción que no sólo es económica sino también ideológica y que es efectuada principalmente por la «burguesía interna», concepto nuevo introducido por el autor para señalar un tipo de burguesía que difiere tanto de la denominada por otros «burguesía compradora» como de la ya clásica «burguesía nacional»; y que lejos de ser un bloque homogéneo conforma una totalidad heterogénea y desarticulada a la que se opone paradigmáticamente una clase obrera también muy fraccionada. Pero

(3) Editions du Seuil, Paris. Hay traducción en Siglo XXI, Madrid, 1977, por la que citamos.

(4) Librairie François Maspero, Paris, 1970. Traducción en Siglo XXI, citamos por la 8ª edición, 1976.

(5) Así Ernesto Laclau en *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI, Madrid, 1978, donde se encuentran unas críticas de diversos aspectos de la obra de Poulantzas muy certeras y a las que tendremos ocasión de referirnos en lo que sigue.

sobre todo destaca en esta obra el intento de analizar la naturaleza de una clase que no encajaba en los cánones del marxismo clásico y cuya aparición se atribuye al capitalismo más reciente: la «nueva pequeña burguesía», algunas de cuyas fracciones sufren un empobrecimiento en relación a la propia clase obrera y otras, como los licenciados parados en cantidad jamás conocida, pasan a integrar una especie nueva de ejército de reserva. Hay en este libro también algunas rectificaciones, pero, en definitiva se revalida el anterior marco teórico y sus análisis esenciales.

Será en 1978, con la publicación de *L'Etat, le pouvoir, le socialisme* (6), donde se pondrán en cuestión algunas de las tesis centrales del marxismo anteriormente profesado por Poulantzas, quizás con más virtuosismo que profundidad. Así la tesis de la ruptura entre el Marx maduro y el joven, de origen althusseriano, pero mantenida por el autor en su primer libro del 68, es ahora criticada: «el corte ciencia-ideología está lejos de poseer la naturaleza radical que le habíamos atribuido hace algunos años. Incluso en el Marx de la «madurez», la teoría de la historia presenta ciertos elementos comunes con la representación ideológico-filosófica de la Historia de su época» (p. 133). También se reconocen explícitamente otras insuficiencias como las que se refieren a los análisis del nacionalismo: «hay que rendirse a esta evidencia: no hay una teoría marxista de la nación. Decir que hay, pese a los apasiona-

dos debates a este propósito en el seno del movimiento obrero, subestimación de la realidad nacional por el marxismo, es quedarse muy corto» (109). Hay quien dice que Poulantzas, en medio del escándalo producido por estas «autocríticas», estaba entrando en una fase de madurez creativa fruto, en parte, de las duras críticas recibidas; de esta forma cristalizaría ahora una teoría del Estado que sintonizaba muy bien con las propuestas políticas del «eurocomunismo» en lo que concierne a la insistencia en la unidad de la izquierda, pero, sobre todo, con la esperanza despertada por las posibilidades que se divisaban de una transformación de la naturaleza de clase del Estado por medio de rupturas parciales, que incluyen una transformación por etapas del conjunto del «aparato económico» del Estado, configurando, en definitiva, un largo y tortuoso «proceso de rupturas». Mediante esta fórmula se quiere expresar el intento de diferenciarse de las meras reformas de la socialdemocracia clásica y a la vez se ofrece la contrafigura de su inicial propuesta althusseriana de las «rupturas de procesos», frente a la cual Poulantzas parece decidirse ahora, en un giro inesperado, por realzar la continuidad de los procesos, con el añadido de que estas rupturas parciales podrían incluso neutralizar en buena medida la violencia inherente a todo cambio revolucionario. Desde nuestra perspectiva, sin embargo, es aventurado pensar en la posibilidad de que Poulantzas pudiese remontar un curso de ascenso triunfal ya que seguía preso de dos funestos componentes de los que nunca logró zafarse: el formalismo y la tendencia a usar metáforas en lugar de conceptos; de esto último hace uso, en abundancia a lo largo de toda su obra, por ejemplo, cuando afirma que el modo de producción capitalista «hace pie» en una formación social (7), o que el Estado es una «caja de resonancias» (8), tendencia que se mantiene poderosamente también en su última obra cuando caracteriza al Estado de las sociedades capitalistas más avanzadas, basándose en una serie de rasgos descriptivos, como «estatismo autoritario», fórmula que por su grado de generalidad y ambigüedad difícilmente se tomará por un concepto científico. Lo que es tanto más grave cuanto que reprocha a la vez a Foucault, Deleuze y otros el uso de un lenguaje metafórico. Y esto no puede ser pasado por alto a quien constantemente identifica lo científico al rigor conceptual.

---

### La polémica con Miliband y la crítica de Laclau

---

Ciertamente hay un sentido en el que, como veremos, se puede considerar a Poulantzas reduccionista en la medida en que incurre en un formalismo al restringir la materia, los hechos empíricos, a hechos meramente internos a la teoría, conformados por ella. Pero hay, sin duda, otro reduccionismo, el economicista, del que fue un crítico consciente. Precisamente su empresa consiste, sobre todo, en establecer la especificidad de lo político, negando el carácter puramente instrumental del Estado, tal como era entendido por un marxismo que pecaba de demasiado esquemático, para el que el Estado no podía



(6) Presses Universitaires de France, Paris, 1978. Utilizamos la versión de Siglo XXI, Madrid, 1979.

(7) *Las clases sociales*, p. 38.

(8) *Ibid.*, p. 161.

ser otra cosa que un comité administrador de los negocios de la burguesía. Para ello, debe poder ser concebida una cierta autonomía del espacio político roturado por el Estado, fijada no de manera absoluta, sino en relación a las clases dominantes. La concepción que declaraba el carácter puramente instrumental del Estado era un enemigo fácil de combatir, a poco que se afinasen los análisis y teniendo ya a la vista el material histórico brindado por el fascismo, el bonapartismo, etc. Pero más difícil de rechazar resultaba la concepción que, aunque no defendía la autonomía absoluta o cuasi-absoluta del Estado, postulaba una teoría de las élites tomada de Wright Mills o fundada en explicaciones psicológicas de la conducta de los sujetos del tipo de las de Ralph Miliband, arropados ambos por una concepción funcionalista de la ciencia fuertemente apegada a los análisis y correlaciones empíricas.

Contrapuesto a estas posiciones, el teorismo poulantziano se dibuja con más nitidez y por ello nos referiremos aquí a la polémica que sostuvo con Miliband, también estudioso del Estado capitalista, aunque desde las filas de «otro» marxismo, en las páginas de la *New Left Review* y con motivo de la publicación en 1969 de la obra de este último *The state in capitalist society* (9). Poulantzas reprochará a Miliband el que sus análisis se muevan en un plano empírico, arrancando continuamente de proposiciones sobre la realidad y mostrando a continuación que hay hechos que las contradicen, con lo que se intenta así lo imposible: refutar conceptos, estructuras objetivas por medio de hechos. Esta actitud se conjuga en parte con la negativa de Miliband a tornar explícitos los principios que gobiernan su teoría marxista del Estado, con lo que se cierne sobre él la peligrosa posibilidad de ser envuelto por las ideologías burguesas que pretende criticar, tal como ocurre con la ideología de la *managerial revolution* que incurre de lleno en el tan denostado psicologismo al querer asimilar el deseo de ganancia, que motivaría la adscripción de estos personajes a la clase burguesa, con la ganancia, que en el análisis de Marx constituye una categoría objetiva, segregadora de otras determinaciones subjetivas, del tipo de los deseos de algunas gentes. Otro tanto se diría respecto de la teoría de las élites o de la burocracia donde se confunde el origen social de sus miembros con su función objetiva. Miliband, en definitiva, intentaría explicar las leyes generales, objetivas, por medio de las motivaciones personales, aunque, como observa Laclau, tratando de suavizar esta acusación de psicologismo que realiza Poulantzas, «el texto de Miliband permite otras lecturas; por ejemplo, que los vínculos entre miembros de los aparatos de Estado y miembros de la clase gobernante son una *indicación* de la dominación de clase y no su causa» (10), con lo que se le reconoce así algo positivo, una especie de primer paso que resulta ahora más censurable por su insuficiencia que por su falsedad.

Miliband, en su respuesta, reducirá sus diferencias con Poulantzas, en un principio, a una cuestión de énfasis, en el sentido de que su explicación sería menos teórica y



más propensa a los modos empíricos. Pero, posteriormente, dará una contestación a Poulantzas, más meditada, acusándolo de mantener un *superdeterminismo estructural* que difumina las diferencias entre las distintas formas de gobierno y el Estado burgués, como cuando entiende el bonapartismo ligado consustancialmente al Estado capitalista, sin hacer una discriminación entre *poder de Estado* y *poder de clase*, distinción clave para que se pueda hablar, según Miliband, de autonomía relativa del Estado, si se quiere evitar recaer en el tan rechazado economicismo. Pero no es precisamente éste el blanco adecuado para tan potente ataque, ya que, como señala muy acertadamente Laclau, «la crítica de Miliband me parece particularmente errónea y descaminada, no tanto en cuanto a la denominación de superdeterminismo estructural —que puede ser correcta—, sino en cuanto mantiene que este superdeterminismo estructural impide a Poulantzas plantear correctamente el problema de la autonomía relativa del Estado. No existe incompatibilidad —como Miliband parece suponer— entre el carácter objetivo de la relación existente entre la clase burguesa y el Estado —«las fuerzas estructurales del sistema»— y la autonomía relativa de ese mismo Estado» (10). En efecto la autonomía relativa podría resultar, perfectamente, a consecuencia de la neutralización de dos de las instancias que entran en relación, quedando así la tercera en libertad de acción en tanto que persista esa neutralización. Por lo demás, da la impresión de que ambos autores se mueven en planos diferentes y analizan distintos problemas, lo que explica, en alguna medida, sus diferentes conclusiones. Por una parte Miliband analizaría *empíricamente* los vínculos entre la fracción políticamente dominante y las clases dominantes en los países de mayor desarrollo capitalista de Europa mientras que, por otra parte, Poulantzas se preocuparía más bien

(9) Ed. Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1969. Hay trad. en Siglo XXI desde 1970. Los núms. que recogen la polémica son el 58 en 1969, el 59 en 1970 y el 82 en 1973 y se encuentran traducidos y recopilados bajo el título de *Ideología y ciencias sociales* por Grijalbo, Barcelona, 1977.

(10) Op. cit., pág. 67 y ss.

de la especificidad de lo político dentro del modo de producción capitalista, *en un plano conceptual*, con lo que se ve impulsado a realzar las diferencias entre clases y fracciones en el poder.

Pero Miliband parece estar más acertado cuando, volviendo de nuevo a la carga y precisando el ataque, acusa a Poulantzas de *abstraccionismo estructuralista*. Este calificativo parece más atinado y certero; sin embargo, antes de tomarlo en consideración, quizás será necesario recordar que las teorizaciones poulantzianas se mueven en el ámbito de la corriente althusseriana, de la que intentan ser un desarrollo regional, una puesta a prueba de su fecundidad y, sobre todo, de uno de sus presupuestos centrales: la interpretación del concepto marxista de modo de producción como una matriz de instancias articuladas.

El concepto de modo de producción, sin duda alguna uno de los conceptos fundamentales del Materialismo Histórico, era definido por los clásicos, en gran medida, por medio de una ontología dualista que consideraba la articulación de unas fuerzas productivas con unas relaciones de producción. La escuela althusseriana (Balibar, Poulantzas), en un intento de recoger la efectividad de una tercera dimensión, vuelve a definir el concepto de modo de producción como una matriz articulada por tres estructuras o «instancias» que se corresponden con unas «prácticas» caracterizadas por determinadas relaciones (11). Estas tres instancias comprenden respectivamente lo económico, lo jurídico-político y lo ideológico. De esta forma el concepto de modo de producción no se restringe a la producción económica, pero lo que por un lado gana en amplitud lo pierde por el otro en rigor, ya que, como afirma justificadamente Laclau (12), no se da una razón de cómo se deduce o de cómo se establece el número de instancias: ¿por qué 3 y no 5?. Parece como si Poulantzas sólo las postulase descriptivamente, siendo estas instancias una especie de «símbolos» de los objetos realmente existentes a los que se refieren; pero no serían conceptos, por mucho que así se los llame, que expliquen la naturaleza de esas realidades. Quizás la fundamentación, que Poulantzas no hace explícita, viniese dada por una ontología ternaria subyacente al Materialismo Histórico, tal como fue formulado por los clásicos, encorsetada y desdibujada por la ontología dualista heredera de la distinción Naturaleza/Cultura característica del Idealismo Alemán, que, además de la existencia de contextos de los hombres con la naturaleza y de los hombres entre sí, albergaría la posibilidad de conceder una existencia paralela a otros contextos de relaciones *reales* de los hombres con ciertos animales numinosos, del tipo de las relaciones mitológicas o religiosas que configuran determinadas formas ideológicas (13). Según ésto, la justificación de que sean precisamente tres las instancias o dimensiones no sería tanto del tipo de una deducción estrictamente formal, ya que se parte de que las realidades son indeducibles, puesto que están ya dadas, sino de razones de tipo lógico-trascenden-

tal. Es evidente, por otra parte, que no puede haber tal deducción formal porque el concepto de modo de producción, tal como lo utiliza Marx, no es un concepto meramente abstracto-formal, perteneciente a la clase de unos supuestos objetos *abstracto-formales* que, según Poulantzas, «no existen en sentido estricto, pero que son la condición del conocimiento de los objetos reales-concretos: es el caso, por ejemplo, del modo de producción» (14), sino que es más bien un componente interno de una teoría, de una materialidad similar a la parte de un *esquema*, con todo lo que haya que reinterpretar de esta fórmula kantiana y que, en parte, ya se ha hecho entre nosotros por Gustavo Bueno en el marco de la Teoría del Cierre Categorial (15), en la dirección de superar la distinción forma/materia, travestida en los disfraces más inimaginables en nuestros días, y que conduce inevitablemente al formalismo. Pero con esto hemos tocado uno de los aspectos más criticables del denominado «abstraccionismo estructuralista» de Poulantzas, el aspecto implicado directamente por los modos de conocer y por la concepción de la ciencia que a ellos subyace.

---

### Algunas consideraciones gnoseológicas y metodológicas

---

Hablaríamos, pues, en el caso de Poulantzas de una metodología constructivista que él mismo admite profesar cuando, en uno de sus primeros artículos, refiriéndose precisamente a los problemas que plantea la teorización marxista, afirma que «se trata de producir el *concepto* de una instancia regional de un *modo de producción* no mediante la «abstracción» a partir de los fenómenos «reales concretos» de una *formación social*, sino mediante el proceso de construcción teórica del concepto de ese «modo de producción» y del tipo de articulación de las instancias que lo especifica» (16); pero su constructivismo recorre la dirección del conocimiento que va de lo abstracto a lo concreto en un sentido «descendente», por ejemplo del concepto de modo de producción al de formación social, siendo aquí lo concreto no el concreto real, sino el «concreto de pensamiento», ya que el conocimiento tiene lugar exclusivamente en el plano del pensamiento. De ahí que una teoría será tenida por falsa sólo en la medida en que sea internamente incoherente, en tanto que albergue en su seno una contradicción. La verdad es entendida aquí como *coherencia* de un modo muy similar a la concepción popperiana de la verdad de una teoría científica; los problemas teóricos no se *resuelven* sino que más bien se *disuelven*, se superan, cuando se logra eliminar la contradicción. Porque si fuese posible una resolución meramente empírica, entonces el problema dejaría de ser estrictamente teórico, abandonándose por consiguiente el plano de la teoría. Cuando el problema es *realmente* teórico y no

(11) *Poder Político y clases sociales...*, p. 4.

(12) Op. cit., p. 79 y ss.

(13) Nos referimos aquí a la configuración de un espacio antropológico de tres dimensiones relacionales realizado por Gustavo Bueno en «Sobre el concepto de 'espacio antropológico'», publicado en *El Basilisco*, nº 5, 1978.

(14) *Poder Político y clases sociales...*, p. 3.

(15) Remitimos a la breve aplicación de esta teoría realizada por Gustavo Bueno en *El individuo en la Historia*, discurso inaugural del curso 1980-81 de la Universidad de Oviedo, sobre todo a partir de la p. 55.

(16) «Sobre la teoría marxista del Derecho» en *Nikos Poulantzas. Sobre el estado capitalista*, p. 37.

se puede superar, es necesario entonces alterar los axiomas que servían de punto de partida, con lo que se cambia a la vez de sistema teórico, de teoría y, paradójicamente, el problema anterior, en este nuevo marco teórico, *ya no es el mismo*, pues ahora, con la nueva teoría, se inaugura una nueva «problemática», desapareciendo así, disolviéndose, por este extraño malabarismo, el problema anterior. Este «abstraccionismo estructuralista», como lo denomina Miliband, en tanto que formalismo reduccionista de la materia, de los hechos, o algo meramente negativo, conforma unidades descriptivas, pero no estructuralmente lógicas o producto de una deducción trascendental, añadiéndose como complemento un desarrollo por divisiones descendentes, por taxonomías, reaccionando entonces Poulantzas ante la complejidad tozuda de la realidad con «furia taxonómica», como nos asegura Laclau (17) y postulando a continuación, de manera descriptiva, una serie de relaciones formales, coloreadas por un profuso empleo de metáforas, y ello muy a pesar de la intención del propio Poulantzas que, según sus propias palabras, trata de «establecer modificaciones estructurales principales» que rijan las intervenciones del Estado y no de «operar una enumeración descriptiva o un recuento de éstas» (18).

Por estas razones la experiencia que proporciona la realidad externa más que confirmar la teoría, la desmiente, y de ahí que no se le puede negar la existencia de un contacto con la experiencia a su teorización, aunque sólo



(17) Op. cit., p. 77.

(18) *Las clases sociales...*, p. 157.

sea un contacto negativo; por ello mismo, como en Popper, los puntos de conexión con la realidad negativa deben ser cerrados para que no se escape por ellos la sustancia teórica. Pero cuando, en el límite, casi se elimina la materia real entonces la «ciencia marxista» tiende a transformarse en una forma cultural que debe extenderse más por mecanismos ideológicos del tipo de la tan pregonada «lucha de clases en la teoría», donde la verdad en sí misma importa poco. La «ciencia marxista» se propagará más por los caminos de la fe o de la autoridad que por los angostos senderos, llenos de vueltas y revueltas, que conducen al conocimiento real de los problemas. Pero, si queremos acercarnos a la resolución de los graves problemas que aquejan al marxismo, debemos desembarazarnos previamente de algunos «obstáculos gnoseológicos», rechazando este formalismo, puesto que las formas lógicas no son algo genérico que deba existir hipostasiado, sino que constituyen más bien una especie con su forma y materia tipográfica, susceptible de ser aplicada a otras especies, a otras ciencias. Los diversos contenidos materiales de estas ciencias son producidos por cursos diferentes de construcciones, implicando de manera esencial operaciones manuales (y no «mentales»), que confluyen algunas veces generando teoremas, verdades científicas, dados en la forma de una identidad sintética, como, por ejemplo, la identidad entre la masa de gravitación y la masa de inercia en la Teoría general de la Relatividad, con lo que la verdad científica ya no residiría en la coherencia precisamente sino que sería un resultado de una construcción cerrada, aunque no por ello clausurada, como en el caso de Poulantzas. La verdad científica no es ni una proposición ni un concepto, a pesar de que estos formen parte material de la teoría, sino que es un teorema, un esquema generado internamente, cuya forma es una identidad.

Esta organización cerrada que provoca una demarcación, una distinción de las ciencias respecto de las ideologías es, asimismo, una alternativa a la distinción puramente externa que postula una «ruptura epistemológica» cuyas insuficiencias reconoció el último Poulantzas y su agudo crítico Laclau calificó de poco dialéctica (19). Las construcciones científicas están atravesadas continuamente por operaciones de individuos, sujetos a pasiones y a deseos, las cuales no se pueden eliminar completamente, y mucho menos cuando se trata de la Política o de la Teoría del Estado, como lo hace Poulantzas cuando afirma que «el campo del poder es, pues estrictamente relacional» (20). El propio Estado más que una «relación» o una «condensación de relaciones», tomando prestada una famosa metáfora del Psicoanálisis, que sugiere algo quieto, estático, también es esencialmente un operador de términos que se dan ya previamente organizados, relacionados. En vez de hablar de «aparatos» de Estado, definidos como «la materialización y condensación de las relaciones de clase» (21), habría que hablar más bien de *operadores*, ya que a ellos pertenece la propiedad de transformar unos términos en otros que siguen perteneciendo al mismo *campo* de configuración de la Política: por ejemplo, las escuelas de formación profesional, más que un «apara-

(19) Op. cit. p. 69.

(20) *Estado, poder y socialismo*, p. 177.

(21) *Las clases sociales...*, p. 25.

to», serían un operador complejo, integrado por múltiples operadores simples (profesores) que transformaría campesinos u obreros sin cualificación en obreros cualificados o técnicos. En otros «aparatos del Estado», como el represivo (policía, ejército), es normal denominar «operaciones» a sus actividades más específicas. Antonio Gramsci ha sabido captar muy bien esto, en sus continuas comparaciones de las luchas políticas con operaciones militares, sirviéndose de metáforas que ponen de relieve el carácter esencial de los sujetos operatorios en su teorización («los generales del proletariado») y las operaciones que continuamente llevan a cabo estos sujetos («guerra de movimientos», «guerra de posiciones», «cerco recíproco», etc.). Estos aspectos son asimismo esenciales en tanto que este tipo de teorizaciones se caracterizan porque, en ellas, los individuos son a la vez sujetos operatorios y términos objetivos de un campo, por lo que la eliminación de las relaciones finalistas, las motivaciones de conducta, etc., amenazará la configuración semántica del campo de dichas ciencias; no se les puede interpretar como meros fenómenos ya que, en estos terrenos, los fenómenos son las operaciones mismas, por lo que se hace necesario considerar un plano en el que las operaciones de los sujetos no puedan llegar a eliminarse como algo inesencial (un plano -operatorio, en la terminología de Gustavo Bueno). Y esto no constituiría una imperfección de la Teoría del Estado o de la Ciencia Política, sino algo obligado por la naturaleza misma de su campo, en el que confluyen metodologías diferentes, a veces de manera armónica pero otras muchas dialécticamente.

El «abstraccionismo estructuralista» de Poulantzas lo reduciríamos así a un tipo de metodologías que pretenden eliminar las operaciones de los sujetos, aunque arrancando de éstos, dándolos por supuestos, pero progresando a contextos que los envuelven (estructuras culturales y sociales), que son contextos específicos y no ya genéricos (naturales o puramente formales). Contextos o estructuras que enclasan a los individuos convirtiéndolos en *fenómenos*; por ello reduce Poulantzas la política al mundo de las leyes que actúan «por encima de las voluntades de los individuos», no consiguiendo despegar, en este profundo sentido, de las corrientes economicistas del marxismo, por mucho que intencionalmente apele a una lucha de clases que después no utiliza internamente en su teorización, ya que no se ve por ninguna parte el engarce *positivo* de este operador con el resto de la construcción. En este sentido Miliband tendría razón al reconocer la necesidad de contar con los fines de los individuos, aunque entienda estos como representaciones mentales, y no como operaciones manuales o sea incapaz de no captar los contextos determinantes, las estructuras desde las cuales el «deseo de ganancia» es visto como el producto de una «falsa conciencia». Porque Poulantzas concibe al sujeto, siguiendo aquí más bien a Engels que a Marx, como *mero* soporte, portador (Träger, support) de estructuras, como algo pasivo que no refleja su carácter esencialmente operatorio. De la misma forma concibe la clase social como un resultado, como un *efecto* estructural, dando de ella una definición negativa, pero sin recoger su dinamismo interno: «la clase social es un concepto que indica los efectos del conjunto de las estructuras, de la matriz de un modo de producción o de una formación social sobre los agentes que constituyen sus apoyos: ese concepto indica pues, los efectos de la estructura global en el dominio de las re-

laciones sociales» (22). La intención de Poulantzas parece ser el dar al individuo un carácter de conciencia inactiva, impotente ante una realidad que le es inconsciente. Pero para nosotros esa impotencia de la conciencia, cuando existe, es producida por la neutralización que ejercen sobre ella otras formas de conciencia opuestas, y no por alguna realidad estructural, ya que esta sólo puede actuar *a través* de las conciencias individuales, incardinadas en grupos, pero conciencias operatorias y no meros soportes. Las «prácticas políticas», las razones prácticas, no se refieren entonces a lo necesario, sino a lo individual no necesario, y no porque sea contingente, arbitrario, sino porque está sujeto a planes, siendo en este sentido libre, determinado por estos, o por otros planes que se le opongan, más bien que por una causa estructural, dejando así una puerta abierta para el gobierno de los hombres según sus intereses y capacidades.



Pongamos fin aquí a estas breves consideraciones que quisiéramos dirigidas, no ya al propio Poulantzas, cuya muerte, al privarle desgraciadamente de sus características operatorias, le impide responder, sino más bien a sus posibles testamentarios. Y terminémoslas con una confesión, también muy significativa, del mismo Poulantzas tomada de una entrevista publicada en *Marxism Today* en julio de 1979 en la que, rememorando sus primeros pasos filosóficos, decía: «je suis venu au marxisme par la philosophie française et par Sartre en particulier» (23). Con esto reconocía sus orígenes existencialistas, su arranque de una «problemática del sujeto», como gustaba de caracterizarla, y que ni siquiera en su última obra, a pesar de sus continuas rectificaciones de aquel intento althusseriano de superación del subjetivismo, intento que entendía los procesos histórico-políticos, sin duda de una manera excesiva, como «procesos sin sujeto», ni siquiera poco antes de que la muerte lograra atajarle, conseguiría Poulantzas dar cumplida cuenta a su deseo de deshacerse de los sujetos o por lo menos de llegar a utilizarlos provechosamente.

(22) *Poder político y clases sociales...*, p. 75.

(23) Entrevista reproducida en *Nikos Poulantzas: Repères*, Maspero, Paris, 1980, p. 11.